

mando Chirveches, que, perdido en su confusión espiritual, sin asidero, sin camino, rueda por la pendiente de las negaciones que lo arrastran al fin hasta el suicidio. No creía siquiera en el amor, esa deidad de los románticos, que le tendía sus brazos de mujer francesa—y hasta de dos mujeres—deseosos de salvarlo. Unas cartas, unas disposiciones, un pistoletazo, el último aparato para abandonar un mundo que había perdido para él su contenido.

Comentando la desaparición de dos escritores chilenos, Leonardo Pena y Francisco Contreras, también fallecidos en París, Ernesto Montenegro plantea el problema agudamente como un drama esquiliano librado en el alma del escritor. «Comienza cuando empiezan (los escritores) a sentir la dualidad de su temperamento: las fibras, las células de su organismo son americanas y quieren sentir los anchos espacios, el pleno sol; pero el espíritu es un amasijo de ideas del Viejo Mundo y los lleva a desterrarse». «Europa les devuelve el equilibrio mental, hasta cierto punto; pero como el hombre vive de algo más que eso, comienzan a sentir el vacío de América».

El vacío de sí mismo, que siendo el continente americano sólo puede colmarse de contenido también americano; lo exótico, lo adquirido corroe sus cavidades o las hace estallar.

Y es el drama de las almas a quienes falta una fe; una fe en lo que va siendo América, una fe en lo que puede ser, y será la sociedad futura, el mundo que ha de salir de la fragua de estos vacilantes días.—OSCAR CEPURUTO.



DON ANDRÉS BELLO, por *Eugenio Orrego Vicuña*.—Prensas de la Universidad de Chile, 1935.

Este don Andrés Bello, que viene de la primera juventud, más que en el código o la gramática, de unos versos profundos y serenos, de idilio viejo, lo había ido relegando en el pasado de

lecturas muertas, para sólo acordarme de él cuando saltaba de la pluma una «i» o una «j» de la rezagada ortografía del liceo. Eran los resabios del «bellismo» introducido en la primera década y que después habría de extirpar como maraña al escribir en el academismo oficial de la lengua.

Ahora don Andrés ha vuelto vivo, acaso como realmente lo vi en la imaginación, en aquellos aun no lejanos días, en una fotografía escolar reproducida para sugerir al niño el ejemplo del amor al estudio. Don Andrés aparecía, tras los anaqueles de lomos brillantes, sosteniendo en alto el libro que leía, como una bandera y su rostro lleno de toda esa plácida tranquilidad de abuelo prócer, los anteojos resbalando hacia la punta de la nariz, en una concentración de lectura tan íntima y tan hermosa que llamaba a no chistar y a andar en puntillas por la sala.

Yo lo veía así. Y así ahora Eugenio Orrego Vicuña nos entrega a don Andrés Bello, constituido en su biógrafo. Es decir, muy cerca del hombre y del sabio, juntándolos en bella humanidad de lucha y perfección, al nacer en la epopeya bolivariana y al morir en serenidad bajo el cielo de Chile. Hasta ahora sólo había sido estudiado en cuanto a humanista sin recalcar la gran lección de su esfuerzo civilizador. Su nuevo biógrafo ha sabido hacer una ajustada obra de historiador, viviente y erudita, que nos da la atmósfera de los primeros éxitos y adversidades del escritor en la emancipación política de América.

Bello forma la trinidad inspiradora con Bolívar y Miranda, pero uno y otros están entregados a diversos destinos. Bello lleva la parte menos brillante. El escritor empieza a concentrarse en las nieblas de Londres, a madurar en hambre y soledad el fruto de su capacidad superior, mientras Bolívar gesta su propia epopeya en las tierras calientes del trópico hispanoamericano. Uno y otro muéstranse separados en el empuje dinámico de sus espíritus: la ubicación le da a Bello, aunque está al servicio de su cancillería, un aparente egoísmo intelectual frente al escenario sangriento que en esas horas vive su tierra y toda la América.

Podría afirmarse que no comprende su época, como se suele expresar hoy de muchos escritores que no participan en la inquietud social, entregado como estaba Bello a entrever, en la biblioteca del general Miranda, rica en latinos y griegos, el mundo helénico: a alternar con filósofos de primera línea como Jeremías Bethan y James Mill; a pasar días enteros de investigación en el Museo Británico y aun a corregir una traducción española de la Biblia. Sin embargo, el pensador está alerta, como en los campos de batalla, y sufre lo mismo o acaso peor que los soldados aborígenes viendo delante de sí, «no la pobreza que a él ni a su familia le espanta, pues ya está hecho a tolerarla, sino la mendicidad», lo que en una ciudad como Londres era un toque dramático. Templado el cuerpo como un metal, su espíritu corre puro por las venas, y su genio vertical en conocimientos enciclopedistas prepara el advenimiento de la cultura superior en las jóvenes naciones, ansiosas de nutrirse en las especulaciones del intelecto europeo.

Chile es la voz más fuerte que le llama, y don Andrés Bello requiere a la lejana cruz del sur, ya que el norte de su «Zona Tórrida» sigue infiel. La voz de Bolívar vendrá tardía cuando ya esté «perdido en el país de la anarquía», curiosa expresión del Libertador, cuando quiere retener para su patria «al maestro de su misma edad» y que su gloria dejase en desamparo.

Bello no había permanecido indiferente para los observadores de las nuevas repúblicas, destacados en Londres, y que ahora aceptaban sus servicios. Este hombre modesto «sabía dar relieve al valor de su cultura y tenía clara conciencia de las grandes responsabilidades que le afectaban, con lo que dicho está, poseía el don apostólico y aquel heroísmo cívico que fortalece el ánimo de quienes se sienten marcados por el signo de un destino y soportan sobre las espaldas el fardo de una misión que ha de cumplirse hasta el fin. Esa misión, en Bello, se refería a la América española, a su América. Nacido en Venezuela, podía realizarla en Argentina, en el Perú o en Chile, porque era esencialmente un

americano que reconocía las banderas civilizadoras de una «patria grande»; con amor a las tierras y a las «patrias» pequeñas de su raza, pero con subordinación a un gran todo, a una vasta tarea de sentido continental» (1).

Llega Bello a la Universidad de Chile salvando lo que se le pone delante en prueba o atajo, en medio de las enconadas luchas por el predominio político. Duros sinsabores tuvo que atravesar para que se le reconociese por maestro de una nación, y no de un partido, y crear el nuevo espíritu para que sus enseñanzas fructificasen y sus reformas quedaran incorporadas al bagaje intelectual de Chile.

Bello entraba a actuar en el drama indígena y a sufrir en carne propia el empuje brutal de la pampa que sacudía, con Sarmiento, el penar de las persecuciones despóticas, y el anhelo de libertad de expresión. Entre estas dos fuerzas gestadoras su palabra debía adquirir el tono de una austeridad heroica para evitar el desbarre de los impetuosos y someterlos, con mejor experiencia del medio y de la época, a encontrar una sólida base, que enraizada en los progresos de la sabiduría occidental, se adaptase a la formación de una cultura chilena o americana.

En su tarea de biógrafo, Eugenio Orrego Vicuña resume cada uno de los aspectos del maestro, sobre todo aquéllos en que el educador y el legislador logran conciliar al político, llevándolo a su verdadero papel de civilizador en la orientación internacional de Chile con respecto a su influencia americana. No olvidará al escritor y al poeta donde se ha refugiado lo más puro que le dió el padecer y su conocimiento de los hombres. Su espíritu constructivo arrinconará sus versos en lo más íntimo y original de su mente para dejar fluir de ella la gracia virgiliana de la juventud, los acentos viriles de la emancipación, y en el reposo de su vida de educador, las odas serenas, y soberbiamente humanas de su dignidad de hombre.

---

«Don Andrés Bello», pág. 65.

Llegaremos a conocer al hombre íntimo. Su biógrafo nos abre la verja de su vieja casa en la calle de la Catedral. Nos topamos en la puerta con tres señores de copa que salen hablando con el mismo calor que dejaron en la conversación interrumpida dentro de la casa. Es una trinidad de grandes hombres de Chile que acaban de hacerle su visita cotidiana a don Andrés. Son ellos Vicuña Mackenna, Barros Arana y Miguel Luis Amunátegui.

El maestro ha quedado solo, en su poltrona de inválido, terminando la colilla del habano, sin otra compañía que la de su nietecita Chabela, a la que empieza a dictar una carta, y la de su inseparable Micifuz, echado sobre la manta que le cubre los pies.

En ese reposo del atardecer de su vida lo va a sorprender su biógrafo para entregarnos algunos capítulos, ricos en sugerencias y colorido. El hombre ya no está en el mármol frío, ni en el código ni en la gramática: está en la vida. Surge su pasado, «los años de pasión en marco de niebla y miseria», la amistad con Bolívar, el amor que dejó prendido en llama de tragedia en la lejana patria, el vaticinio del Cristo de Caracas, la pérdida de uno en uno de sus hijos, los días felices de Peñalolén donde compuso la *Oración por todos*. ¡Cómo vamos queriendo esta figura prócer! ¡Cómo nos vamos reconciliando en nuestra absurda vuelta de espaldas! Don Andrés Bello vive su época, sufre, se le calumnia, se le olvida. Sin participar directamente en las luchas de su tiempo, salen su varonía excelsa y la sinceridad de sus sentimientos sobre el recuerdo del mármol, en vitalidad constante de cultura y de expresión al espíritu de la raza.

El «Don Andrés Bello» de Eugenio Orrego Vicuña es un hermoso ensayo de interpretación en el que no han disputado el investigador ni el artista. Ha sabido escoger y separar la documentación y darnos una proporción fuerte y simpática de la figura prócer, sin olvidar la calidad humana, punto básico de las investigaciones modernas.—SADY ZAÑARTU.

